

Más sobre Literatura Nacional

Luis M. Urbaneja A.

Nada más hermoso que el objeto del americanismo: ser la representación sincera de nuestros usos, costumbres, modos de pensar y sentir, sujetos al medio en que crecemos, nos desarrollamos y debemos fructificar. Ahora bien, se presenta en la forma naturalista, obedeciendo a que en los pueblos relativamente jóvenes, influyen mucho más las sensaciones del orden natural, en tanto sean menos complicados los fenómenos psicológicos. Digo esto, porque hay quienes se dan en propagar que, los que luchamos por el americanismo, no hacemos otra cosa sino recortar nuestros asuntos según la escuela naturalista; suponiendo la obra de los escritores voluntaria, cuando estos no son sino resultantes o intérpretes de su época; y si ejercen influencia en ella, es debido en gran parte, a que, gracias a su gran sensibilidad al medio, descubren antes que ningún otro ciertos hechos generados por causas latentes, los cuales estudian y analizan; resultando de su libre interpretación ideas al parecer personales, puesto que han atravesado el prisma de su yo, tomando el colorido de ese temperamento. A esto añádase que el predominio de las ideas de un autor proviene de la imitación del medio que lo rodea. Pero otro es el origen del naturalismo americano, tan espontáneo como nuestras flores silvestres: flor del alma crecida al calor de nuestros corazones de patriotas.

Continuemos. El naturalismo es esencial en toda literatura naciente; sufre modificaciones con relación al carácter de los pueblos y al momento histórico de su aparición. Así el objetivismo, la más simple de sus formas, es el alma en las literaturas que nacen: rudo, salvaje, como los peñascos de las vertientes, un tanto idealizado según el carácter de su país natal; simplecillo en los cantos suecos, rudo en los escandinavos, taciturno en el alemán, picaresco en el español, colorista en el provenzal. Este naturalismo es un momento en la infancia de los pueblos; a proporción que la sociedad se complica, se transforma, siguiéndolo en su desarrollo, lo vemos aniquilarse, sucumbir con el florecimiento del espiritualismo. Pues bien, en parte el americanismo reviste esa forma haciéndose sensible bajo un acentuado colorismo. En la “Silva a la Zona Tórrida”,

palpamos el objetivismo, el que sorprende, seduce, hasta llegar a hacerse imprescindible al autor, el cual, dejando obrar libremente su temperamento, en un arranque sostenido de sano y viril egoísmo y que en él era el recuerdo del ausente hacia la virgen patria, triunfa haciéndolo proclamar el príncipe de los poetas americanos. Hay en ella derroches de luz: el colorismo salta de verso en verso: en instantes parecemos ver al rayo luminoso culebrear describiendo los objetos; ya corre circundando la Zona, ora revienta en rojos destellos en la abultada mazorca del cacao. Si notamos decaer al autor, es siempre que predominan en él las ideas reinantes entre los escritores americanos de su época, sujetos a la escuela clásica y sorprendidos por el romanticismo.

Comienza a cuajar nuestra literatura con el objetivismo, pero no es solamente esta forma la que en la actualidad reviste. Cuando vuelven a aparecer piezas de un carácter marcado americano, se ha operado ya en la humanidad una gran revolución nacida con la fórmula experimental, la que se impone en las ciencias y en las letras por modo tan radical, que los mismos luchadores se han acobardado ante la inmensidad de la obra, engendrando, con su grito de alerta, la poderosa reacción, la cual ha de barrer con los excesos, librando de obstáculos la marcha indefinida de la humanidad. Aparece en nosotros esa forma, ensanchando el objetivismo, con la magistral *Peonía*: semi-novela, como dice el autor; bocetos característicos de personajes, costumbres a grandes rasgos, Venezuela salvaje y servil con todos sus dolores y heroísmos. De sabor llena la boca; en colorido falla; un rayo de luz chispeando en las descripciones, hubiera hecho mucho más que el detalle ajustado, pero opaco: la frase vibrante y colorida se encuentra en todas las clases sociales venezolanas.

Peonía viene a decirnos: ¡tomad la pluma, que he sorprendido en su lánguido cantar a la Soy-Sola en el taral en flor, entre los gajos de estrellas de oro, de negros centros, brillantes y carnosos: seguid mis huellas por las laderas, cuando vagan las muchachas tarareando la última canción, cargadas con sus haces de chamizas y los negros cigarrones zumbadores se embriagan en los morados cálices de las parchas silvestres, y algún ojo juvenil y mal intencionado, se extasía mirando detrás de los troncos las choquezuelas bronceadas! Con ella comienza de nuevo la lucha; ya los jóvenes iniciados contamos con

un árbol corpulento a semejanza de nuestros samanes, a cuya sombra robustece nuestro ideal en las horas de decepción. Por más que los pequeños la señalen con el dedo, con ella confundiremos a todos los adversarios de la literatura nacional. Una obra tan característica como *Peonía*, no es hija de la mera causalidad como algunos críticos murmuradores la consideran; sino la hija legítima de una larga e inconsciente gestación de la literatura americana. A la formación de una tendencia concurren elementos diversos, los cuales se hace imposible señalar en la masa común. Si fuéramos a buscar el americanismo en ese período, lo hallaríamos en todas las publicaciones hechas en el Continente. Sus más acérrimos adversarios, sin darse cuenta, algo le deben; nada consiguen, en su afán de alejarse, sangrando sus sentimientos, estereotipándolos, en la obra ha de aparecer una frase rebelde, un pensamiento del que no se dan razón, un giro desconocido; todo lo cual obedece a ese medio de que desean sustraerse. Sin embargo, no transigen los que siempre han vivido de la imitación, con esta nueva ruta abierta a las letras americanas. Según ellos, con la nueva tendencia, sólo se obtendrá, a la larga, descriptores relativamente buenos, sin que jamás lleguen a traducir las sensaciones causadas por nuestro medio en las almas. En su servilismo niegan todo: patria, costumbres, medio, pronosticando desde ahora, que nuestras obras serán algo así como si fueran redactadas por Pereda o Pérez Galdós de paso por Venezuela, o a manera de las de Amicis, inspiradas por los Países Bajos o Marruecos. Pero no veo razón para ir tan lejos: ellos nos dan el ejemplo con su literatura de pura imitación, causa de que sus obras adolezcan de vida, sufriendo a perpetuidad una virginidad irritante. Fúndanse para tales aseveraciones en que no representamos un grupo étnico. En verdad no lo somos, lo cual nada quita para tener una literatura; además existe éste como componente en nuestra masa social; día por día se lo absorben africanos y europeos: mezcla cuyo producto en las pocas generaciones, ha perdido todas las cualidades características de sus progenitores, obteniéndolas propias; y así notamos un desarrollo intelectual mayor al de los tres abuelos y uno físico menos voluminoso y más denso que el del europeo y más potente que el de los tres aislados. En su complexión orgánica la grasa se quema en abundancia, motivo por el cual, a la simple vista, no parecen ser ricos en esa sustancia; desarróllanse los músculos cubriendo los huesos sin la abultante separación fibrosa del europeo. En el desfile de un cuerpo de ejército, en invierno, he visto mil piernas de casi igual desarrollo, con unas pantorrillas musculosas todas; y eran aquellos hombres delgados e hijos de los campos

vecinos de la capital; de armazón resistente aunque relativamente delgada. En el anfiteatro he contemplado con angustia, columnas, paletas, pelvis, que seguramente en vida habían soportado por seis o nueve horas diarias trescientas libras. Tan acostumbrados estamos a los esfuerzos, que indiferentes pasamos por las puertas de las casas de consignación, sin reparar en hombres de mediana estatura, delgados, cargando con tres sacos de café sobre un mismo hombro, o sean tres quintales, y eso con una alimentación cuya base es el grano. He sido pródigo en estos detalles porque se nos acusa de degenerados. Degenerados moralmente pueden encontrarse los hombres de cierta esfera social, pero no el pueblo que en su sana ignorancia desconoce sus vicios. Ya conocemos esa degeneración, falta de moral política en un grupo: las nuevas generaciones, salvadas de su contacto barrerán con ella. Continuemos nuestro estudio. Vivo de carácter, en igualdad de clase social, nuestro pueblo no tiene la insensibilidad del europeo; gústale emplear la palabra colorida; jamás olvida el calificativo; piensa por imágenes; le es inseparable el comparativo. En su estética predomina la línea amplia; por eso le seducen las palmas, los troncos de las ceibas, donde la imperceptible línea que anima su esbeltez realiza los prodigios de las curvas en las carnes. Los ojos del artista, con esos modelos de la naturaleza desde niño se acostumbran a la realidad de las líneas idealizadas en el conjunto; las serranías que nos circundan, con su alígero abultamiento hacia la base, como jóvenes vientres, fijan en el cerebro las complicaciones de la curva; las sabanas inmensas, la severa línea; la flora, las maravillas del color: toda la escala del rojo, del verde, del negro, del amarillo y del azul, junto con sus complicaciones: así encontramos centros negros encajados en cálices de oro; en el pálido morado de las flores de mayo, la vena roja. Lo deslumbrante para sus ojos: por eso ama los tonos fuertes, brillantes y bien determinados de nuestras puestas de sol. ¡Y a este pueblo se le cree incapaz de tener un arte y una literatura!

En la presente cuestión literaria, no sólo está interesada nuestra dignidad, sino la fibra legal de la Patria; pues un pueblo que no posee la manera genuina de expresar sus sentimientos no tiene derecho alguno a aspirar a un puesto en la armonía universal. Entre los varios medios que cuentan los pueblos para el sostenimiento de esa fibra, es quizás el cultivo de una literatura nacional el de mayores resultados, cuando existe una historia patria rica en virtudes, las cuales pueden aplicarse a aquel medio social que desviado de su cauce

natural adolece del más noble y necesario de los sentimientos, el del *patriotismo*; lo que desgraciadamente proviene en Sur América de la falta de una fuerte cohesión entre los pueblos, la indolencia de los gobernantes y de los pocos hombres que, haciéndose superiores a su medio por el estudio, no lo fomentan. Los pueblos inconscientemente se seleccionan; así vemos cómo en las naciones del viejo mundo aumenta la fe patriótica. En estos últimos años bastantes ejemplos nos han dado, con sus motines en las calles, pidiendo reparación de insultos que entre nosotros pasarían inadvertidos, con su prensa animada por el verbo incandescente del patriotismo, siempre alerta, y con gobiernos que no ocultan los vejámenes. Quién sabe si Alemania y Francia no fueran lo que son, sin su duelismo a muerte, sin su eterno odio. Santa es la venganza cuando sostiene a los pueblos en la lucha por la supremacía. Hagamos todo lo posible por contrarrestar, mejorándolos, los efectos del cruzamiento de razas enteramente opuestas, que si perfecciona sus productos, lo hace a expensas de creencias hereditarias y del afecto hacia las tradiciones de los progenitores, de las que no pueden prescindir los pueblos para ser aptos a larga vida y continuado progreso.

Ahora bien, nosotros no nos hallamos en ese caso: tradiciones tenemos y la dicha de ser los primeros entre los pueblos belicosos de América. La Nación puede vanagloriarse de haber repartido héroes, marchando al son de las dianas libertadoras, desde el bravo Mar Caribe revoltoso como nuestra sangre, hasta el hermoso país del Rimac. A eso agréguese los cruentos disturbios intestinos, los cuales han trabajado el carácter, pues avivando las pasiones se da energía a las almas y cohesión a los pueblos, con el triunfo del más fuerte que impone siempre sus creencias. No debemos desconsolarnos, sino amar la Patria. Esas guerras intestinas para las que siempre se tiene un reproche, mucho bien nos han traído junto con sus calamidades. Si lo dudáis, ved lo que éramos. La patria extensa, semi salvaje; diseminados aquí y allá los pequeños pueblos, como las *matas* de las llanuras, los oasis de las sabanas tropicales; sin vías de comunicación, unidos entre sí por un débil espíritu de nacionalidad, criaderos de hombres, hatos humanos bajo el yugo de algún cabo afortunado de la magna guerra, el que en su pedantería rural era el vivo remedo de sus jefes; juguete de las aspiraciones de las entidades del machete, las cuales, desde los centros más fuertes vivían amagando con disturbios a los gobiernos establecidos. Luego aparecen los partidos políticos con todas sus charcas de sangre, involucrando, sin embargo, un gran paso hacia la

unificación, pues con el triunfo del más fuerte comienza la catequización de los vencidos, lo cual ya ha dado sus resultados: las doctrinas del más fuerte se han hecho nacionales. Recorred la zona del pasto, la de los valles, la de los bosques: el habitante de todos esos lugares no tiene sino un mismo credo. En nuestra Patria hoy no existe sino una lucha entre los hombres de buena y de mala fe. No entremos en la cuestión moderna, sigamos nuestro estudio por épocas, de las que sólo tenemos noticia, gracias a la Historia. En medio de aquellas guerras se generalizaba, el cacicaje, llegando a encontrarse hasta el más simple caserío, media docena de aspirantes; espantos del señor, los cuales minaban su poder. Esos efectos de la guerra sin descanso, la guerra se complace en destruirlos indirectamente, pues despertando la virilidad en las almas, ha hecho del campesino, de retorno a su tierra, un veterano. Ya no es el mismo hombre; no siente aquel dulce apego a la vida de cuando dejó el rancho, junto con sus amores en plena juventud. Vuelve tostado por el sol, se ha hecho hombre en medio de los combates; bajo el liquilique ocultas lleva grandes cicatrices, cada una de las cuales recuenta una épica historia, cuyo solo recuerdo basta para tener siempre vivo el amor a la causa y despreciar los peligros. Necesariamente busca el hogar, encadenándose al trabajo, en tanto que los hijos crecen al calor de sus hazañas. A ese hombre no le inspiran gran respeto los caciques actuales; si por casualidad los disgustos agrían sus relaciones, viéndose en el compromiso de defenderse tras alguna empalizada, se bate con su machete como toro cimarrón perseguido por el tigre; si logra escapar con vida y le siguen molestando, se la pagan, cuando menos se lo piensan con un tiro de *cachito*.

Con hombres tan resueltos los caciques pierden el prestigio en las localidades, viéndose obligados a buscar el apoyo de los jefes más influyentes en el gobierno general. Y comienza esta nueva forma del personalismo, no ya del prestigio militar, sino la de amparo, pues aquel otro se ha marchado junto con los grandes prestigios militares. Así nos lo dicen los datos históricos de estos últimos años, en los cuales todo se ha reducido a trabajar por su extinción. Las revoluciones verificadas no han tenido otro objeto, ya que no se disputaban principios triunfantes desde hace muchos años, sino destruir el último de los personalismos. Quién sabe si el más útil, pues su jefe dio el tono al periódico que comenzaba: en todas partes se le imitó mientras llenaba una necesidad social para nosotros,

decaendo con la reacción del espíritu de variabilidad de los pueblos, el que los libra del estancamiento, rejuveneciéndolos siempre.

Como hemos visto, a los partidos políticos trabajar inconscientemente en la unificación de un carácter, con la imposición de unas mismas creencias, así mismo, si cultivamos una literatura nacional acentuaremos nuestro carácter, teniendo siempre fijos ante la masa común, usos, costumbres, modos de pensar y sentir.

Muchos son los medios de que disponen los pueblos en esta labor interminable; sinnúmero de fuerzas sociales concurren a ese fin; entre ellas la literatura le es una de las más propicias. Cultivémosla en todas sus formas. La historia patria es el más rico de los filones; nuestra sociedad es mina inagotable de novelas, cuentos y poemas. Desde la simple narración hasta la complicadísima novela de pura psicología; desde el canto pastoril a la epopeya. No nos dejemos seducir con la fraternidad hija de la reacción, dejémosla barrer los excesos de las escuelas y continuemos nuestra obra; que en aquella hay más misticismo que filantropía, más odio que amor a la humanidad. Por el ensanche de sus doctrinas juzgamos lo imposible de su triunfo; necesario le es a la sociedad el holocausto del débil para el fuerte. Hacer menos desesperante se puede la lucha, pero no resisten vallas a ese monstruo alimentado con sangre, dolores y heroísmos que se llama sociedad.

Esta fraternidad, hija de un exagerado misticismo abre su campaña literaria, escudándose tras la psicología moderna, que en sus manos deja de ser experimental, volviendo al regazo de San Francisco de Asís y al de los buenos frailes filósofos. Nuestra literatura, hija de la imitación, se refugia en ella encontrando un medio de excusarse de su indignidad. Bien merecen estos señores su Fernando VII. Nuestra juventud académica del porvenir, husmeando el próximo fin del clasicismo, palpando la anulación completa de la escuela romántica y titubeando aún en lanzarse al americanismo, por ser, según ellos, demasiado grotesco y vulgar para el arte, se da en seguir a su modo el movimiento reaccionario, del cual ya estamos viendo los resultados: la psicología huye de sus páginas, presentándonos el eterno cuento de una retórica de filigranas. El sistema es bien conocido: se forjan un tipo, a cuya formación concurren los datos tomados al vuelo en sus largas

lecturas de autores franceses, y le prestan su temperamento: así, si el temperamento del autor es bilioso, su pobre tipo recorre todas las escalas sociales, sosteniendo una lucha terrible con sus ideas en un medio hecho al mazo; si erótico, una hembra, niña harapienta, o mujer del gran mundo, o señorita de la medianía, víctima de una sangre que le quema las venas: carne rebelde como diría San Francisco de Asís; si linfático, las dolencias de un montón de carne, pálido, sin nervios: odios de organismo escuálido a vista de tórax musculosos de caderas amplias. Es de notar lo fecundo de sus cerebros y lo pródigo de su terminología. No existe trabajo en su obra, porque es ésta de pura asimilación.

¡Oh!, juventud, “la grotesca y vulgar” criolla, la que ama a sus héroes, venid a trabajar en la obra del porvenir: en vuestras manos ha de transformarse la materia en bruto de los asuntos nacionales en la Flor del Arte, delicada y oliente como una flor de mayo.

Cosmópolis (Caracas) (11): 49 – 57, junio de 1895.